

El hombre, el perro y la muerte.

Kendra Gaytán

El hombre, el perro Y la muerte



KENDRA GAYTÁN

Capítulo 1

El hombre, el perro y la muerte.

- Es horrible, ¿cómo le soporté tanto tiempo?- se preguntó el hombre sentado en el sofá reclinable en la esquina de la sala, al ver por quinta ocasión en el día aquella alfombra vieja que le había hecho compañía la mitad de su vida.

Era la alfombra favorita de su mujer, con ese horrendo color azul turquesa que nunca le había gustado, por amor había soportado tener ese artefacto en medio de la sala los últimos diez años, y ahora por tortura personal la seguía conservando.

El hombre de 78 años había pasado las últimas semanas repitiendo cuál patrón cortado su rutina del día. Esperando ansioso la llegada de la muerte, pues seguro estaba que aquel ser se había perdido en su camino, entonces se reprochó de sobremanera la existencia de su casa en aquella colina apartada del pequeño pueblo en el que vivía.

Había perdido a su mujer, mejor dicho, le había enterrado viva.

Fue un lunes por la mañana cuando su esposa no despertó, su cuerpo gélido reposaba sobre la cama, no sabía si por el clima frío de otoño o por las horas de muerte que él aseguraba se cargaba encima.

Lloró desconsolado, le rezo un padre nuestro y llamó al cura del pueblo para preparar las cosas para el entierro, no tenía nada más que a su mujer y su perro de 12 años, aquel que ya casi no caminaba, poco veía y el hombre seguro estaba de que a veces el animal ni le escuchaba. Ese mismo día por la tarde se dirigió al camposanto, donde parecía que las flores comprendían su dolor y lo acompañaban con su llanto al moverse al compás del viento.

Fue el entierro más triste y desolado que presenciaba aquel joven cura que hacía pocos años había llegado al pueblo. Había cinco personas presentes en el lugar, el monaguillo, el cura, el hombre, la vecina que poco les conocía y la mujer dentro del ataúd.

Al terminar el entierro, se mantuvo quieto dejando pasar el tiempo mientras el cielo se volvía gris, una tormenta estaba por llegar. Los estruendos del cielo se volvían más y más fuertes, los rayos denotaban su presencia acompañados de rugidos estridentes.

Escuchó uno, dos, tres golpes y un grito ahogado, creyó que había empezado a alucinar, creyó que su mente le comenzaba a traicionar, pero los ruidos continuaban, los gritos provenientes de la tumba se envolvían con la llegada de la tormenta.

Se quedó estático bajo la lluvia, no supo cómo reaccionar, no supo que hacer, se mantuvo llorando desconsolado con el corazón encogido de dolor comprendiendo que su error había matado a su esposa. No se movió ni un solo centímetro hasta que dejó de escuchar aquellos gritos estridentes, solo entonces comprendió ese mal chiste en el cual se había convertido su vida, envuelto en el remordimiento se hizo creer así mismo que solo fue una alucinación temporal, un evento anormal de la naturaleza.

Una semana después del entierro de su esposa el perro había enfermado, no caminaba, no comía, solo dormía, a veces parecía que aullaba, parecía que roncaba, parecía que dormía, pero en realidad ya no hacía nada. Un martes por la noche murió con espuma en la boca, sin sufrimiento alguno, alejado de su dueño en un rinconcito de aquel hogar.

A la mañana siguiente cuando el hombre vio al perro sin vida, se cuestionó si tal vez la muerte le estaba jugando una broma, pues a todos se llevaba menos a él.

Esa noche soñó que era feliz de nuevo, con su esposa y el perro corriendo en el patio de la casa, fue un sueño triste donde le pedía perdón a su mujer y le daba las últimas caricias a aquel animal que le acompañó por 12 años de su vida.

Despertó llorando, balbuceando palabras llenas de sentimientos guardados por años. Y entonces vio una sombra en la esquina de la habitación

- ¿Quién eres? – preguntó el hombre

- La muerte- respondió – lamento haberte echo esperar tanto, había estado muy ocupada- dijo sonriendo con dulzura.

Raramente de tanto esperar a la muerte, le había perdido el miedo.

-¿Es cierto, el cielo y el infierno? – cuestionó el hombre

- No lo sé, de eso no me encargo yo- respondió

Cualquiera que le viese, si no tuviera en cuenta que era la muerte, podría pensar que resultaba inclusive simpática.

El hombre se tiró en la cama, cerró los ojos hasta que en un momento una ráfaga gélida de aire le puso la piel de gallina.

-Tengo frío - dijo el hombre -¿Te importaría hacerme compañía? –
cuestionó

La muerte le tomó de la mano.

El clima descendía de a poco, era la llegada de la primera helada del año.

Entonces la muerte notó algo, el hombre se había quedado quieto, como si estuviera dentro de un profundo sueño, estaba muy tranquilo, se percató que había dejado de respirar.

La muerte le acarició el pelo, inclusive se sintió triste por un momento.

Pero así era la vida.